

Elogio y análisis de las bibliotecas

Acabamos de tener noticia gracias a Asnabi y Bibliotecas 2029 de una campaña de la ALA en Estados Unidos, que con el título *Libraries change lives*, trata de preservar la naturaleza y condición de la biblioteca, de todo tipo de biblioteca, ante los ataques que puedan sufrir desde el Estado o desde el mercado (si ambos son hoy distinguibles). La declaración enumera las capacidades de la biblioteca; entre otras, sustentar la alfabetización y el aprendizaje permanente, erigirse en el gran nivelador (por su condición gratuita y universal), construir comunidades, proteger nuestro derecho al conocimiento, ayudarnos a entendernos mejor unos a otros y preservar el patrimonio cultural de la nación.

Como usuario de bibliotecas públicas en Navarra, he encontrado un esfuerzo diario por reproducir estas mismas capacidades. En las bibliotecas a las que suelo acudir, para trabajar o para pedir prestados libros o películas, he descubierto que hay trabajadoras y trabajadores que no solo dedican las horas y las energías que corresponden a su sueldo. Desde el principio he recibido muchas veces más de lo, digamos, estipulado por contrato, encontrando un servicio eficiente, especializado y atento. Además, he visto los esfuerzos que se han hecho cada mes para conseguir programar actividades culturales de calidad, que no estaban cubiertas por los eximios presupuestos públicos destinados a bibliotecas, actividades que llevaban a cabo con la ilusión de cualquier programador al que sí le pagan las horas extras. Todos podríamos contar anécdotas que ilustren el buen hacer de su bibliotecaria o bibliotecario, en una especie de memoria viva de una forma de trabajar y, en el fondo, de una forma de concebir la cultura y el servicio público. Por mi parte, me referiría sobre todo a Yamaguchi y Noáin, las que mejor conozco desde hace años, y a Civican.

Las jornadas profesionales de Asnabi, la Asociación Navarra de Bibliotecarias y Bibliotecarios, de hace un par de semanas, creo que fueron por todo esto y en primer lugar una celebración del trabajo bien hecho. Como también lo fue el encuentro de los clubes de lectura de Navarra, celebrado en Tudela justo un día después de las jornadas, testimonio de los generosísimos esfuerzos que se hacen en el ámbito de las bibliotecas, centros cívicos y diferentes espacios por la promoción de la lectura.

No obstante, hablar hoy de bibliotecas en Navarra es hablar de celebración pero también de supervivencia y agonía. Para comprender qué está pasando es fundamental remitirnos al pasado. En los cincuenta, por la creación de la Red de Bibliotecas, el Gobierno foral se comprometía a dedicar un esfuerzo económico extra, que facilitara a los ayuntamientos la creación y evolución de las bibliotecas. Por eso Navarra fue puntera a nivel estatal, como recordaba hace poco Iñaki Suso: se facilitaban los medios para renovar los fondos y para alimentar los fondos, además de dotar a los trabajadores de condiciones laborales óptimas para desarrollar su trabajo.

A partir de los años 90, el Gobierno dejó de apoyar la creación de nuevas bibliotecas, y el dispendio corrió a cargo de los ayuntamientos. Aun con esta medida injusta, el hecho es que en Navarra 76 de las 93 bibliotecas son de titularidad foral, es decir, soportadas por el Gobierno, a lo que se suma el compromiso de cada ayuntamiento por dedicar una partida a su desarrollo -aunque no siempre puedan hacerlo, ni siempre con cantidades significativas-.

Pero ese sistema cambia ahora radicalmente a peor. Desde 2008 el recorte en la inversión por parte del Gobierno de Navarra a la Red de Bibliotecas ha sido del 98%. Es decir, que de todo lo que se hacía antes, que era lo necesario, ahora se hace un 2%. Los ayuntamientos también han reducido su inversión, cuando no la han eliminado por completo. Hasta el momento, el Gobierno se ha centrado en dos campos, fundamentalmente, para restar inversión a las bibliotecas: por un lado, reducir la partida destinada a adquisiciones de fondos, hasta hacer que algunas bibliotecas, por este recorte y por el abandono de los ayuntamientos, no puedan comprar apenas nada. No hay que olvidar que comprar libros no es solo tener libros entre las novedades, libros que han pedido los usuarios (o sea, mostrar que la biblioteca está viva), sino también renovar aquellos que han de ser renovados: porque están estropeados, porque están obsoletos, porque se han perdido. En concreto, esa compra mínima necesaria para el funcionamiento normal es, según instituciones internacionales, de 250 ítems por cada mil habitantes, al mes. Yamaguchi, por poner ejemplo, tiene un radio de actuación de 30.000 habitantes. Hagan el cálculo sobre qué dinero necesita esa biblioteca para subsistir como tal.

El otro campo de incidencia de los recortes presupuestarios es el de personal. No se están eliminando puestos de trabajo, pero sí se están dejando de reemplazar las bajas temporales. Esto provoca que, teniendo en cuenta que más de 70 bibliotecas de la Red están atendidas por una sola persona, cuando algo les ocurre esa biblioteca se cierra. El Gobierno despoja por tanto a las bibliotecas de su carácter original para convertirlas en almacenes de libros viejos que además tienen horarios de apertura irregulares. Solo porque hay ayuntamientos que siguen sosteniendo la inversión y asumiendo lo que el Gobierno deja de invertir, y porque los bibliotecarios y las bibliotecarias son trabajadores convencidos de la importancia de su labor, y tienen muchas ganas, algunas bibliotecas siguen siendo centros de difusión cultural imprescindible, y no trasteros o salas de estudio.

En consecuencia, las dos peticiones principales de Asnabi hoy en día son la recuperación de las cifras necesarias en los presupuestos y la reactivación del sistema de sustituciones temporales en las bibliotecas. Preservar ambas cuestiones, depende en primer lugar -antes que de la existencia o no de fondos- de una comprensión de la naturaleza de la biblioteca y su importancia. Especialmente la falta de atención a la segunda de las necesidades demuestra que el problema de fondo es la insensibilidad de la clase política dirigente. Junto a estos dos requerimientos urgentes, hay otra petición que también han hecho grupos políticos en la oposición, como NaBai: que el Gobierno de Navarra no abandone a las bibliotecas de la Red cediendo su gestión a los ayuntamientos, en tanto que éstos tienden a la externalización de los servicios -que es una forma de privatización- lo que provoca automáticamente que las condiciones laborales de los trabajadores sean peores que la de los funcionarios del resto de bibliotecas.

Hay un caso reciente, la biblioteca de San Francisco. La privatización ha provocado, en primer lugar, que el sueldo de los bibliotecarios sea casi un 50% menor que el de las personas que, hasta hace unos meses, trabajaban en ese mismo espacio. Gracias al trabajo del colectivo ciudadano del Burgo de San Cernin, se ha logrado que la biblioteca se inaugurara en un período aceptable de tiempo y que se promuevan poco a poco actividades culturales. Este colectivo, y todo el barrio, tiene todavía objetivos que lograr con sus acciones de protesta, como la apertura de la biblioteca por las mañanas, pero ya el trabajo del Burgo ha demostrado que el activismo consigue cosas.

Podemos citar otras asignaturas pendientes en Navarra, como la aplicación del mapa de lectura, o la libre disposición de las partidas gubernamentales y de los ayuntamientos por parte de cada biblioteca, o al menos por parte del colectivo de bibliotecarios. También, la recuperación de la figura del bibliotecario, con nombre y apellidos, como animador cultural en el área atendida por la biblioteca, de forma que su voz sea importante en las diferentes actividades culturales promovidas por los órganos de gobierno correspondientes. Aunque lo urgente es, sin duda, resolver las dos cuestiones de arriba.

Pero todo esto, como ya he apuntado, solo se consigue si el pueblo navarro reconoce la labor de las bibliotecas. En parte ya se hace, pero de lo que se trata es de aumentar y hacer explícito ese apoyo, esa defensa de algo que es interés del ciudadano. Una vez que la sociedad sea consciente del valor de la institución biblioteca, será más fácil hacerlo entender a los gobernantes, y que éstos actúen - porque son los que tienen la última palabra- para preservar las condiciones naturales de estos lugares de conocimiento, para cuidar las bibliotecas.